



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

SÍNTESIS DE LA HISTORIA DE MÉXICO DE HISTORIADORES MEXICANOS

JOSEFINA VÁZQUEZ DE KNAUTH

Repudiada o defendida la historia nunca ha dejado de tener un papel importantísimo en la vida mexicana a través del tiempo. Postulada a raíz de la Independencia, como base imprescindible para la formación del ciudadano, su enseñanza fue defendida como única vía para sustituir la falta de experiencia política del pueblo. Al iniciarse las luchas políticas la historia iba a servir para fundamentar las incipientes ideologías. Los conservadores trataron de demostrar con la historia por qué el país no podía desprenderse de su tradición, mientras que los liberales la usaron para demostrar lo contrario: la necesidad de destruir las huellas del inicuo pasado. Más tarde, triunfante la facción republicana-liberal, se le iba a otorgar a la historia una nueva tarea: la de fortalecer la lealtad del ciudadano a su patria, representada por el gobierno republicano, exigencia que para los años noventas se iba a institucionalizar.

Las síntesis de historia de México han sido casi todas producto de finalidades pragmáticas; sólo unas cuantas han llegado a ser el producto de la meditación final, del estudio concienzudo de la historia del país. Las que no han sido elaboradas como libros de texto no han dejado de tener metas pragmáticas: una conferencia, información sucinta para extranjeros, introducción histórica para un libro sobre México o fundamentación de una posición política.

Tocó a José María Luis Mora, a Wenceslao Barquera y a Lorenzo de Zavala ser los primeros en insistir en la necesidad de formar a los ciudadanos de la nueva República, de hacerlos conscientes mediante la enseñanza de la historia patria. Desde 1821 hasta el momento en que la educación por la que propugnaban comenzó a ser una realidad, a partir de 1861, se iban a repetir constantemente los argumentos, aunque poco o nada se pondría en práctica. En primer lugar hacía falta un sistema de educación pública, inexistente antes de 1867; en segundo lugar, hacían falta síntesis adecuadas para tal objeto. El caos constante en que se mantuvo la República hizo imposible poner en práctica las buenas intenciones que en varias ocasiones, incluso, se plasmaron en ley.

La guerra con los Estados Unidos conmovió hondamente a los mexicanos que hasta entonces no habían logrado darse cuenta, con claridad,

de su identidad nacional. El golpe que representó la pérdida de más de la mitad del territorio iba a despertar nuevas actitudes. Dentro de ese nuevo espíritu un joven de 18 años, al sentir que era necesario aumentar la conciencia nacional de los mexicanos, publicó la primera síntesis de historia de México para niños en 1851. Se trataba del *Compendio de la historia de México, desde antes de la conquista hasta los tiempos presentes, extractada de los mejores autores para la instrucción de la juventud*, de Epitacio de los Ríos.¹ Como síntoma del trauma que aun representaba la reciente guerra no había ni siquiera una vaga mención a ésta y se despachaba la historia de la República con una lista de gobernantes, porque “el estudio de la minuciosa historia de esas épocas, no es para los niños”.

La primera síntesis de historia iniciaba así una tradición funesta: la de negarse a dar una idea de la época contemporánea, tradición que ha persistido en gran medida hasta nuestros días.

El segundo libro de texto fue el de José María Roa Bárcena, *Catecismo de la historia de México, desde su fundación hasta mediados del siglo XIX, formado con vista de los mejores autores y propio para servir de texto a la enseñanza de instrucción pública*, publicado en 1862. Un conservador elaboraba, así, el primer texto que pretendía servir para cumplir con la ley de instrucción pública de 1861, la cual obligaba la enseñanza de la historia del país en la escuela primaria perfecta. El autor confesaba que le movía a hacerlo el evitar que los ciudadanos entraran con tal ceguera a la vida política, “cuyo norte más seguro, después de la justicia, es el conocimiento de los antecedentes del país en cuya administración se toma parte”.² El autor incluía la guerra con los Estados Unidos, pero cerraba su relato en 1848 y evitaba, por tanto, la relación de la guerra de Reforma.

A partir de 1867, con el triunfo de la República, se inició la organización del país y, con ella, la de la educación pública. El gobierno se daba cuenta de que no había más que un medio de vencer verdaderamente a los conservadores que consistía en formar a los nuevos ciudadanos dentro de un nuevo espíritu. La enseñanza de la historia ocupaba un lugar importante en este empeño; por lo que pronto se empezaron a publicar una multitud de pequeños textos, los cuales siguieron el modelo de la tercera síntesis de historia de México, la de Manuel Payno, *Compendio de la historia de México para el uso de los establecimientos de Instrucción Pública de la República Mexicana, publicada en 1870*. Los libros de Roa y Payno, que tuvieron larga vigencia, sir-

¹ De los Ríos, Epitacio, *Compendio de la historia de México*. México, s.p.i., 1852, p. 231.

² Roa Bárcenas, J. M., *Catecismo elemental de historia de México*. Andrade y Escalante, México, 1867 (2ª edición), p. 4.

vieron lo mismo para niños que para jóvenes y como todos los libros de su época, estaban escritos a base de preguntas y respuestas.

Fue la década de 1880 la que vio aparecer las dos primeras síntesis formales de historia de México. En 1883 apareció el *Compendio de la historia de México, desde sus primeros tiempos hasta la caída del Segundo Imperio*, de Luis Pérez Verdía y hacia 1886 el libro de Guillermo Prieto, *Lecciones de historia patria, escritas para los alumnos del Colegio Militar*. Tenían el gran mérito de preceder a la publicación total del *México a través de los siglos*, la primera gran historia general de México, publicada entre los años de 1884 y 1889. Tocado del cientificismo histórico de su tiempo, Pérez Verdía se preocupaba sobre todo por la imparcialidad, para lo cual consultó no sólo los libros existentes, sino numerosos documentos y corrigió constantemente las ediciones que se hicieron antes de su muerte. Al segundo, aunque aquí y allá hablaba de imparcialidad, le importaba más transmitir el mensaje de la interpretación liberal y confesaba que:

exaltar el sentimiento de amor a la patria, enaltecer a sus hombres eminentes por sus virtudes, señalar los escollos en que puede tropezar su marcha y alumbrar el camino que la lleve a la prosperidad y a la gloria, tales han sido los objetos de mi *Compendio*, porque estoy persuadido que la enseñanza debe ser *intencional*, es decir, conducir al educando por el camino del bien, conforme con la libertad y los sistemas del país.³

Los dos libros ponían las bases de lo que sería la interpretación oficial de la historia de México, especialmente el de Prieto. En ellos triunfaba la interpretación antihispanista enraizada en los resentimientos criollos coloniales. Se negaba a Cortés y a Iturbide y se encumbraba como héroes a Hidalgo, Morelos y Juárez.

En la década de los noventas, con su empeño nacionalista de fomentar "la religión de la patria" y de estimular la unión nacional, haciendo converger todas las fuerzas positivas en la idea de un México mestizo, la línea oficial favorecía una visión más conciliadora. La ideología positivista y spenceriana vigente facilitaba la tarea con su visión evolutiva de la historia, en la que cada etapa se consideraba un paso adelante. Las interpretaciones que vieron la luz en las dos primeras décadas del siglo xx estaban teñidas en mayor o menor grado de esta posición. Justo Sierra tal vez sea el que ofrezca la más acabada interpretación positivista en la síntesis histórica que servía como introducción general a los tomos del libro *México, su evolución social (1900-1902)*.⁴ Pero, aunque con diferencias notables, el libro de Nicolás León,

³ Prieto, Guillermo, *Lecciones de historia patria*. Secretaría de Fomento, México, 1891, p. 464.

⁴ La mayor parte del ensayo apareció con el título de "Historia política", t.

Compendio de historia general de México (1902), el de Carlos Pereyra, *Historia del pueblo mejicano* (1909) y el de Ignacio Loureda, *Elementos de historia de México* (1919), también lograron el objetivo de ver la historia de México evolutivamente. León no dejaba de tener sus toques providencialistas y se extendía con devoción en la historia precortesiana. Loureda, quien escribía después de la Revolución, un poco en plan defensivo, destacaba la obra de España durante la Colonia. A Sierra y a Pereyra les preocupaba más seguir la lenta búsqueda del camino del progreso en la época independiente. Pero todos veían con optimismo su presente.

La Revolución truncó “la evolución” a la vez que cambió muchos de los ideales del país. Se replantearon los problemas que la primacía dada al desarrollo material durante el Porfiriato había dejado al margen. Los revolucionarios, en su empeño de buscar nuevas formas de solución a los viejos problemas, volvían a encontrar como enemigo al grupo tradicionalista. En la posición revolucionaria no dejaban de existir huellas tradicionalistas como reacción a un siglo de intentos por adaptar soluciones extranjeras a problemas mexicanos. Los mexicanos ahora estaban convencidos de que debían de buscar soluciones propias y en este empeño muchas veces volvieron a la tradición colonial como fuente de inspiración. Sin embargo, al aflorar los problemas del campo y del indio, el nativismo, que siempre había estado presente, volvió a provocar la exaltación del pasado indígena. Conforme las medidas revolucionarias contra la Iglesia iban entrando en vigor provocaban una reacción clerical que, a su vez, radicalizaba la posición oficial.

Justamente en 1926, coincidiendo con el inicio del nuevo problema religioso, se publicó el *Compendio de historia de México* de Alfonso Toro que, durante treinta años, fue el texto más popular de enseñanza media. Más que indigenista el punto de vista del autor era antihispanista y anticlerical, y en ese momento convergía con las reacciones oficiales. A pesar del largo silencio que habían guardado los conservadores la radicalización que trajeron los años treinta originó los dos primeros libros de texto conscientemente conservadores, el de Agustín Anfossi, *Apuntes de historia de México*, (fines de 1930) y el de Joaquín Márquez Montiel, *Apuntes de historia genética mejicana* (1934 y 1940) y los de divulgación antioficialistas como el de José Vasconcelos, *Breve historia de México* (1938) y el de Mariano Cuevas, *Historia de la nación mexicana* (1940). Al mismo tiempo, acordes con el ambiente que imperaba, hicieron su aparición las primeras interpretaciones marxistas de la historia de México: Alfonso Teja Zabre, *Historia de México. Una*

1, vol. 1, pp. 33-314, el resto lo constituía el capítulo “La era actual” (t. II, pp. 415-434) en *México, su evolución social*. Balleza y Cía., México, 1900-1902. Se publicó junto por primera vez con el título de *Evolución política del pueblo mejicano* en 1940.

moderna interpretación (1935), Rafael Ramos Pedrueza, *La lucha de clases a través de la historia de México* (1936) y Hernán Villalobos Lope, *Interpretación materialista de la historia de México* (1937).

Fueron muchos los problemas que provocó el "socialismo" del Plan Sexenal, los cuales, para el momento de la expropiación petrolera, parecían indicar que hacía falta una conciliación interna que terminara con la discordia. El mismo peligro de una guerra mundial y de la acción de facciones internacionales en el país, hacía muy importante buscar fuerzas que terminaran con los partidanismos y que estimularan la unidad nacional. En la polémica indigenismo-hispanismo se había llegado a extremismos, tales como los que mostraban por un lado los libros oficiales de la Secretaría de Educación, los artículos del general Rubén García y el mural de Rivera en la escalera del Palacio Nacional; y, por el otro, los libros de los religiosos Cuevas y Márquez Montiel, que no se quedaban atrás en el extremismo de sus juicios. Todavía durante la década de 1940 se presenciaba la representación teatral sobre los encuentros de los restos de Cortés y de Cuauhtémoc y la aparición de una versión tradicionalista de divulgación, a manera de tira cómica, del padre García Gutiérrez. Pero todo conspiraba ya contra los extremismos, incluso la llegada, al final de la década de 1930, de los refugiados políticos españoles. Por un lado constituían un nuevo tipo de inmigrante español que rompía el estereotipo acuñado y, por el otro, venían, bajo los auspicios del gobierno revolucionario, atacados por los "hispanistas" tradicionalistas mexicanos, lo cual daba una nueva dimensión a la antigua polémica. Además los intelectuales españoles, con su aportación de nuevas ideas, iban a contribuir poderosamente tanto a renovar el ambiente cultural mexicano, como a acelerar la confrontación de la cultura mexicana consigo misma, proceso que se había iniciado con el libro de Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934) y que había de conducir a la preocupación de "México y lo mexicano".

Los libros que aparecieron a partir de 1940 mostraban, en general, un ánimo menos polémico y más conciliador en sus juicios. Indigenismo e hispanismo no habían desaparecido, pero habían madurado y reconocían la realidad mestiza de México. Sin embargo la polémica no fue estéril, la pasión de los dos grupos estimuló interés en la etapas prehispánica y colonial y produjo estudios interesantes que conducirían a una apreciación más justa del pasado mexicano.

Las décadas de los cuarenta y de los cincuenta fueron, por tanto, de transición. Los autores se empeñaron conscientemente en ser justos, aunque algunos expresaran su simpatía hacia la hispanidad como José Bravo Ugarte o hacia lo indígena como Luis Chávez Orozco. Bravo Ugarte iba a dedicar diez y ocho años a la publicación de los cuatro volúmenes de su *Historia de México*, preocupado por precisar, me-

diante el estudio acucioso de las fuentes, el mayor número de hechos sobre el pasado mexicano.

Pero la preocupación fundamental estaba en la importancia y las consecuencias de la transmisión de la interpretación del pasado mexicano, que se complicaba con la preocupación que había de legar el libro de Samuel Ramos sobre el complejo de inferioridad del mexicano. Para muchos el rechazo constante de la raíz española o de la raíz indígena de nuestro ser agravaba el problema. Historiadores y profesores de historia expresaron su preocupación por la enseñanza de la historia de México durante el II Congreso Mexicano de Historia (1943) y lograron reunir una Conferencia de Mesa Redonda para el estudio de los problemas de la enseñanza de la historia de México (1944). Torres Bodet al inaugurarla enfocaba certeramente el problema.

Bien está... que se cancelen los odios en la redacción de los libros de historia... asimismo que se emprenda una campaña depuradora para arrancar a los textos las páginas negativas... pero como funcionario y también como hombre, habré siempre de preocuparme porque en nuestro empeño de eliminar errores, no terminemos absurdamente por confundir los juicios con los prejuicios.⁵

Las resoluciones constituyeron una serie de peticiones a la Secretaría de Educación sobre las exigencias a que debían sujetarse los libros de texto en nivel primario y secundario. En el primer concurso (1945) salió premiado el libro de Jorge Fernando Iturrigarria, *Historia de México*, que no llegaría a ver la luz sino hasta 1951. En el segundo concurso (1950), para libro de texto de segunda enseñanza, se iba a premiar el libro de Efrén Núñez Mata, *México en la historia*. Y aunque todavía aparecieron textos plagados de errores, como el de los profesores González Blackaller y Guevara, las exigencias fijadas por la Conferencia obligaron a los autores a fijarse mayor calidad como meta. Sobresalían por su calidad la parte de la época colonial del libro de Chávez Orozco, *Historia de México* (1946) y la prehispánica del libro de Elvira de Loredó-Jesús Sotelo Inclán (1951).

Pero la preocupación oficial por la interpretación del pasado mexicano iba a provocar la publicación de libros como *México, historia de su evolución constructiva* (1945) y *México y la cultura* (1946). Este último libro parecía ser la culminación de la idea que patrocinó la publicación del primero y pretendía responder a las preguntas: ¿Qué busca México? ¿Hacia dónde va? ¿Qué ha dado en historia, en fuerza, en belleza, en lucidez, el saber de los mexicanos? Lo iniciaba la *Síntesis de la historia del pueblo mexicano* de Silvio Zavala. La frialdad

⁵ Ramírez Rafael y otros, *La enseñanza de la historia en México*. I.P.G.H., México, 1948, p. 72.

científica del historiador y sus conocimientos sólidos permitieron que cumpliera con su cometido; relataba la historia del pueblo mexicano sin mutilaciones y sin agravios, simplemente como proceso de constitución de un pueblo a través de vicisitudes muchas veces trágicas, lo que en última instancia había preparado al “espíritu mexicano para enfrentarse a la vida con valor y resistencia” y, “a veces, también con dotes creadoras, que otorgan a este pueblo algún derecho de ser estimado como miembro apto de la gran familia humana”.

La preocupación de los años sesenta es, como tenía que ser, más madura. De los libros considerados sólo uno fue llevado a cabo por un extraño a la profesión. Dos son libros de texto: Wigberto Jiménez Moreno, María Teresa Fernández, José Miranda, *Historia de México* (1963) y Martín Quirarte, *Visión panorámica de la historia de México* (1965). *La síntesis histórica de México* de Arturo Arnáiz y Freg (1960), escrita en ocasión de la reunión de la Asociación Internacional de Universidades, es un apretado esquema para información de los visitantes. Las de Wigberto Jiménez Moreno, Alfonso García Ruiz, *Historia de México* (1962), López Gallo, *Economía y política en la historia de México* (1965) y José Valadés, *Historia del pueblo de México* (1967) están destinadas a la divulgación. Por último podemos considerar la síntesis de Edmundo O’Gorman *El triunfo de la República, en el horizonte de la historia* que, aunque escrita para una conmemoración, puede considerarse como la interpretación de una parte de la historia de México, producto de una vida dedicada a la historia.

Si exceptuamos el libro de López Gallo, intento semifracasado de interpretación marxista de la historia de México, que continúa arrasando juicios liberales del siglo xix con respecto a España, sin fundamentación, todos los demás han superado la polémica de las raíces nacionales. Aquí y allá se notan huellas de antiguas heridas.

A mí, mestizo mexicano, la historia de la conquista me deja cada vez más tranquilo. La miro como un pleito de familia. Como requisito indispensable para que una mitad de mí mismo, se uniera con la otra mitad.⁶

En el libro de Jiménez Moreno-Fernández-Miranda, el texto mejor logrado en términos generales, se acepta que el “trauma” de la conquista se ha superado, pero creen que “queda, sin embargo, otro trauma por superar, el de la Reforma”. Sin duda les asiste la razón, aunque nosotros añadiríamos un nuevo “trauma”, el de la Revolución, que ellos no se atreven a enfrentar al terminar su historia en 1910. Pocos son los historiadores que, como Valadés y López Gallo, estudian los acontecimientos hasta el momento de la publicación. El primero hace incluso gala de valor al reprobar las acciones del presidente actual.

⁶ Arnáiz y Freg, Arturo, *Síntesis histórica de México*. México, s.p.i., 1960, p. 20.

López Gallo proporciona material muy interesante para las últimas décadas.

El doctor O'Gorman, como siempre, es caso aparte. No se ocupa del total de la historia mexicana, pero como en otros ensayos del mismo tipo⁷ se aparta de las explicaciones habituales y cala hondo para entregarnos la significación de los acontecimientos, el porqué y el cómo sucedieron. O'Gorman interpreta la historia de México, nación independiente, como la historia de un proceso "de forcejeo por encontrar un fundamento histórico a nuestra individualidad, a fin de poder cobrar conciencia de lo que somos". En el ensayo mencionado se ocupa de la historia mexicana de 1821 a 1867, la etapa constitutiva, como la llamó Bravo Ugarte, que tan poca atención ha merecido en su conjunto. Con su interpretación dinámica O'Gorman descubre como razón de la lucha dramática que precedió al triunfo de la República, la existencia de dos posibilidades en el ser del México que se independizó. Dos Méxicos distintos, el republicano y el monárquico, lucharon para imponerse uno sobre el otro. Al entenderlo así, dice O'Gorman, "ya no resultará ni sorprendente, ni vergonzoso el triste rosario de asonadas, cuartelazos, rebeliones, planes políticos y cartas constitutivas que exhiben los anales de cincuenta años de nuestra biografía nacional".⁸

Evaluación: Puede apreciarse, en la rápida revisión de la aparición de las síntesis históricas de México, cómo éstas han respondido a las demandas y necesidades de cada etapa. En una historia de la historiografía mexicana —tarea todavía por realizar— las síntesis de la historia podrían servir como fuente muy expresiva de las ideas y creencias fundamentales del momento histórico que las produjo. Desgraciadamente el tiempo no nos ha bastado para familiarizarnos con los autores y situarlos debidamente en sus circunstancias como para hacer un análisis completo de las obras que nos ocupan. Por tanto no nos queda sino sugerir las ideas que una revisión somera de ellas nos ha provocado.

Para nosotros resulta un agrupamiento de las obras en dos etapas. La primera se inicia con la urgencia de De los Ríos y Roa Bárcena de formar ciudadanos más patriotas o más civiles mediante el estudio de la historia. La intención para ellos es más importante que la materia y, a pesar de representar a un partido de la contienda, evitan la polémica cortando aquellas partes que la provocan. El triunfo de la República acalla prácticamente en este renglón al partido conservador⁹

⁷ Ver sus *Seis estudios históricos de tema mexicano*. Universidad Veracruzana, Xalapa, 1960.

⁸ O'Gorman, Edmundo, "El triunfo de la república en el horizonte de su historia" en *A cien años del triunfo de la república*. Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México, 1967, p. 339.

⁹ Hay algunos textos conservadores en la década de 1880, como Tirso Rafael Córdoba que publicó su *Historia elemental de México* en 1881.

y los historiadores liberales tratan de fundamentar la nacionalidad mexicana "republicana" en el pasado indígena, rechazando en gran medida el pasado español. Se provoca una polémica ardiente durante los años ochentas y noventas la que evidentemente trataron de superar los autores de principios de siglo, Sierra, Percyra, León, con la idea de un México mestizo.

La Revolución dio fin a esta primera conciliación y provocó las bases del nuevo rompimiento con sus medidas anticlericales que reavivaron el fuego semiapagado. El problema religioso, iniciado en 1926, estimuló la aparición de libros partidistas, ya fuera de conservadores tradicionalistas, ya de liberales y marxistas. Durante los treinta la contienda alcanzó sus máximas expresiones violentas, tanto que a partir de 1940 se sintió la necesidad de una historia menos radical y volvió a aplicarse la fórmula ni indio, ni español: mestizo. Para los sesentas nuestros profesionales han producido interpretaciones más maduras de nuestra historia.

En la primera etapa los historiadores pueden clasificarse en tres grupos: los conservadores tradicionalistas, los liberales oficialistas y los conciliadores positivistas. En la segunda, la que más nos interesa, encontramos cuatro grupos: conservadores tradicionalistas, liberales y oficialistas, marxistas y el grupo de los historiadores cuyo interés vital por el pasado les permite superar, en gran medida, sus simpatías políticas.

A diferencia del pasado el grupo tradicionalista no ha producido historiadores de gran talla. El mejor, Bravo Ugarte, por su gran esfuerzo por comprender el pasado merece formar parte del último grupo. El grupo oficialista ha logrado a menudo síntesis valiosas de historia política en su empeño por justificar "la obra de la Revolución", aunque ha mantenido viva la polémica de la Reforma. El grupo marxista es el peor representado, puesto que, en una forma u otra, sus componentes son parte del *establishment* y además sus conocimientos de marxismo son superficiales como para poder aplicarlos con seriedad al caso mexicano. Algunos de los autores, como Teja Zabre, Chávez Orozco y García Ruiz, que han estado atraídos por el materialismo histórico, tenemos que considerarlos como parte del último grupo, puesto que su conocimiento de la historia se impuso al final sobre cualquier dogmatismo. La única característica que puede unificar a todos los autores es el nacionalismo. En todos se siente una viva preocupación por México y escriben historia ya para "hacer conciencia patria",¹⁰ ya para explicarnos en forma dinámica el ser de la patria.¹¹

¹⁰ Valadés, José, *Breviario de historia de México*. Editorial Patria, México, 1949, p. 81: "Si algún fin tiene la historia, éste es hacer conciencia patria."

¹¹ O'Gorman, *op. cit.*, p. 342: "el ser de México . . . radica en el modo en que esos hombres concibieron y en la manera cabal en que cumplieron sus responsabilidades en la esfera de los intereses de la nación. Tal la esencia de toda entidad

La influencia de las ciencias sociales, particularmente de la sociología y de la economía, es también una característica bastante general. Las excepciones (entre el grupo de los historiadores sin calificativo) serían tal vez el padre Bravo Ugarte y Edmundo O'Gorman. Bravo Ugarte hace un intento considerable no sólo por rectificar puntos confusos, sino también por incluir la historia en sus diversas expresiones. Es, desde luego, él el que más esfuerzos hace para caracterizar la vida cultural del país. El doctor O'Gorman nos ofrece una interpretación más que un relato y, en última instancia, es el único totalmente original en pensamiento.

La historiografía mexicanista mexicana tiene, por supuesto, un defecto que es común a todas las historiografías nacionales: el regionalismo. Los autores no dan muestras de poseer conocimientos de otras áreas aparte de la historia hispanoamericana —y ésta sólo colonial. Esto les priva de luces que les permitiría ver con mayor relieve los acontecimientos mexicanos y que, en ocasiones, les lleva a achacar a influencias del exterior lo que es un producto del acontecer mexicano. Valadés y Teja Zabre parecen tener una información más general de historia de las Américas; pero, por ejemplo, Martín Quirarte incluye un apartado, sobre la independencia de los Estados Unidos, que demerita su obra, uno de los mejores ensayos de síntesis de historia política mexicana. El pequeño apartado parece sufrir la influencia de un infortunado libro de Pereyra¹² cuando en la actualidad hay muchos estudios de primer orden sobre el problema. El punto que él subraya, la Constitución Norteamericana, como producto de una plutocracia, debería mencionar por lo menos la tesis de Beard y la de sus oponentes. Estoy segura que un mejor conocimiento de la historia de los Estados Unidos permitiría ver desde una nueva perspectiva muchos de los problemas nacionales. Y, si bien, también estaría de acuerdo con Valadés¹³ en la falacia de importar valores extraños, pienso que hay grandes ventajas en adquirir una perspectiva más amplia, puesto que no puede negarse que desde la Conquista, México ha tenido que estar sujeto a la interacción con el exterior.

histórica; tal es pues, la de México; proceso que se despliega en la historia y que descansa y depende de la responsabilidad de sus hijos”.

¹² Pereyra, Carlos, *La constitución de los Estados como instrumento de dominación plutocrática*. Editorial América, Madrid, s.f.

¹³ Valadés, *op. cit.* p. XII: “no han cesado los empeños en dilatar las judicaturas extranjerizantes, ya literarias, ya económicas, ya políticas, en el curso de la historia de México, con lo cual en vez de alcanzar el conocimiento de nuestras cosas materiales y espirituales, hemos caído en el error de creernos débiles e infortunados, cerreros y perezosos . . . el historiador mexicano debe cerrar las ventanas de su conciencia a las erudiciones extranjeristas, para perseguir incansablemente todos los signos de la naturaleza nacional que constituyen en la verdad de la realidad las culturas patrias”.

Ya en el ambiente del relato mismo todos aceptan "por razones obvias" la división de la historia de México en tres etapas. Aún los que como Márquez Montiel, afirman:

Dicen bien los que dicen que propiamente la historia de México empieza con la Conquista española y dicen bien porque antes de la llegada de los españoles . . . no existía lo que hoy es México como nación, ni los indígenas pudieron transmitir, ni menos escribir una verdadera historia.¹⁴

Y se resignan a relatar la etapa prehispánica, aunque no sea propiamente parte de la historia de México, porque las diversas culturas se desarrollaron "en nuestro territorio y aportaron su elemento humano para la construcción de la nueva sociedad".¹⁵

Algunos historiadores, como Teja Zabre y otros autores de textos oficiales, consideran una nueva etapa a partir de la Revolución de 1910, pero en realidad sus razones no han conquistado verdaderamente un amplio auditorio.

La etapa prehispánica, que solía ser la peor tratada en las síntesis históricas, ha logrado en los últimos libros, gracias a la intervención de un especialista en dos de las síntesis, un tratamiento adecuado. Wigberto Jiménez Moreno ofrece un ensayo interpretativo muy atractivo en su libro con García Ruiz y una síntesis descriptiva muy completa en el libro con María Teresa Fernández y José Miranda.

El período colonial siempre estuvo monopolizado por la narración de la Conquista que en algunos libros, como en el de Toro, alcanzó a ocupar casi el 80% del espacio dedicado a la Nueva España. Con los libros de Bravo Ugarte y Chávez Orozco esto comenzó a remediarse. Se abordó la Conquista de grupos ajenos al imperio azteca y se dio debida atención a las instituciones sociales, políticas y económicas, así como a la vida cultural. José Miranda, conocedor del período, ofreció un excelente esquema de éste. En muchos autores el antihispanismo sirvió de importante obstáculo para comprender esa etapa tan importante en la formación de nuestro ser nacional, como ha sucedido a una gran mayoría de historiadores norteamericanos que también se han empeñado en exhibir simplemente la crueldad y la superstición españolas, en vez de tratar de comprender los acontecimientos.

Al enfrentarse a la historia nacional, a partir de la década de los cuarentas, se nota un menor partidismo y como resultado, quizá, del conocimiento más profundo de las etapas anteriores, un espíritu más comprensivo. Valadés ha tratado de revisar muchos de los juicios su-

¹⁴ Márquez Montiel, Joaquín, *Apuntes de historia genética mexicana*. México, 1940 (2ª edición), p. 9. Vasconcelos en su *Breve historia de México* sostiene la misma opinión.

¹⁵ Bravo Ugarte, José, *Historia de México*. Editorial Jus, México, 1940, vol. 1, p. 17.

perficiales de la era santanista, misma a la que O'Gorman ha dedicado dos ensayos. Se notan sin embargo, lagunas en la narración de la separación de Texas y de la guerra con los Estados Unidos, porque en general han ignorado las aportaciones historiográficas norteamericanas al respecto. La Reforma, la Intervención y la era Porfirista se abordan, en general, incorporando gran parte de la información que han proporcionado los voluminosos estudios de los últimos tiempos.

La etapa que se inicia con la Revolución de 1910 sigue sin merecer la atención debida. México, al igual que el resto del mundo, ha sufrido varias transformaciones con la revolución tecnológica del siglo xx, el desarrollo increíble de las comunicaciones, las transformaciones sociales, políticas y económicas en todos los continentes producto de las conflagraciones mundiales y de los factores enumerados. Pero el empeño de ver sólo el aspecto político de la historia y para colmo, la interpretación de todo el lapso que sucede a 1910, como "era revolucionaria", impide penetrar en lo más importante. Ciertamente que como afirman algunos críticos, muchos de los problemas del país siguen, en el fondo, siendo los mismos. Pero qué duda cabe que México cambió profundamente con la Revolución y que ha seguido cambiando, debido a factores que nada tienen que ver con ella. Toda esa transformación queda fuera de las síntesis, a pesar de que sería el tema que más interesaría al público al que se destinan las obras. Valadés, quien se aventura en su reciente libro hasta los años sesenta, considera terminada la Revolución cuando "la doctrina del pueblo —Democracia, Soberanía, Sufragio, Libertad— de 1910, quedó en escombros en el transcurso de medio siglo, por la fuerza del Estado —Orden, Paz, Continuidad, Autoridad". En el fondo del problema está el viejo dilema de fijar principio y fin a los acontecimientos humanos que, sujetos siempre a una complejidad infinita, constituye una de las tareas más difíciles para el historiador. Seguramente habrá terminado antes de lo que afirma el gobierno que no ha encontrado una justificación más importante que el ser revolucionario. Lo que no es comprensible es que los historiadores se empeñen en aceptar la oficial, como una periodización válida.

Nuevas orientaciones: Cuando repasamos en nuestra mente la impresión que nos han dejado la casi totalidad de las obras revisadas, no podemos sino evocar el mural de Diego Rivera en la escalera del Palacio, miles de retratos y de escenas violentas que se amontonan sin demasiado orden. Hay cambio en los vestidos, pero no sabemos exactamente por qué. Todo parece estar dominado por las caras de soldados, de religiosos y de los múltiples héroes y gobernantes. Por supuesto que algunos autores han superado la simple relación política; como ya dijimos, además de una que otra buena síntesis de historia política, hay obras que, bajo la influencia de las ciencias sociales, se

han ocupado con éxito de otros aspectos del pasado. Sin embargo lo que no se ha logrado es dar la idea de los efectos que el paso del tiempo van causando en el pueblo mexicano. Falta pintar la transformación de la vida cotidiana bajo la influencia de las revoluciones, de la importación de las modas o de las ideas. Describir la interacción de las ideas y de los hechos, el paso de unas ansiedades, supersticiones, creencias e ideales, a otras diferentes. Para lograr esto hace falta dejar atrás la relación meramente cronológica, plantear una periodización que permita estudiar unidades temporales, desde todos los ángulos. Algunos historiadores han proporcionado un esquema interpretativo de referencia; otros, como Teja Zabre y Valadés, se han planteado la necesidad de una renovación en la forma de historiar. El primero se daba cuenta de que era tarea para ser emprendida por toda una generación, para que resultara una visión más generosa y humana de nuestra realidad nacional.¹⁶ Valadés se fija en cierta forma una meta cercana a la que nosotros planteamos, si interpretamos debidamente su lenguaje barroco.

La idea, pues, está en el ambiente. No es justificación ya la falta de información para llevarla a cabo, lo que sí hará falta, sin duda, es una buena pluma que sea capaz de hacer lo hecho por Luis González en su *Pueblo en vilo*, verdadera síntesis de la historia de México, desde la perspectiva de una pequeña comunidad rural, que puede servir de ejemplo.

La otra posibilidad sería una mirada general a la historia de México a la manera de Edmundo O'Gorman, que interpretara ésta como una unidad. Sí, filosofía de la historia de México, si así prefieren llamarla, que estimulara nuevos acercamientos a problemas que, por el enfrentamiento simplemente datístico y con el peso de los múltiples clichés que hemos heredado, no han podido llegar a comprenderse.

LISTA DE LAS SÍNTESIS HISTÓRICAS DE MEXICO
CONSIDERADAS EN LA PONENCIA,
EN ORDEN CRONOLÓGICO

Epitacio de los Ríos, *Compendio de la historia de México desde la conquista hasta los tiempos presentes, extractada de los mejores autores para la instrucción de la juventud*. Publicola Simón Blanquel. Imprenta de la Voz de la Religión, México, 1852.

José María ROA BÁRCENA, *Catecismo de la historia de México, desde su fundación hasta mediados del siglo XIX, formado con vista de las mejores obras y propio para servir de texto a la enseñanza de instrucción pública*. Andrade y Escalante, México, 1862.

¹⁶ Teja Zabre, Alfonso, *Historia de México. Una moderna interpretación*. Editorial Botas, México, 1948 (2ª edición), p. 10.

Manuel PAYNO, *Compendio de la historia de México para uso de los establecimientos de instrucción pública en la República Mexicana*. Imprenta de Francisco Díaz de León, México, 1870.

Luis PÉREZ VERDIA, *Compendio de la historia de México, desde sus primeros tiempos hasta la caída del Segundo Imperio*. Tipografía del autor, Guadalajara, 1883.

Guillermo PRIETO, *Lecciones de historia patria, escritas para los alumnos del Colegio Militar*. Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, 1890 (2ª edición).

Justo SIERRA, "Historia política" en *México, su evolución social*. Ballezá y Cía., México, 1901, t. I, vol. I, pp. 33-314 y "La era actual", en la misma obra, t. II, pp. 415-434.

Nicolás LEÓN, *Compendio de historia general de México, desde los tiempos prehistóricos hasta el año de 1900*. México, 1902.

Carlos PEREYRA, *Historia del pueblo mejicano*. J. Ballezá y Cía., México, s.f. [1909].

Ignacio LOUREDA, *Elementos de historia de Méjico*. Librería Española, México, 1919.

Alfonso TORO, *Compendio de historia de México*. Sociedad de Ediciones y Librería Franco-Americana, S. A., México, 1926.

Joaquín MÁRQUEZ MONTIEL, *Apuntes de historia genética mexicana*. Puebla, 1940 (2ª edición).

Agustín ANFOSSI, *Apuntes de historia de México, ajustados a los programas vigentes de la secundaria y de preparatoria. México independiente y mirada retrospectiva a México Colonial*. Editorial Progreso, México, s.f. [1938].

Alfonso TEJA ZABRE, *Historia de México. Una moderna interpretación*. Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1935.

Rafael RAMOS PEDRUEZA, *La lucha de clases a través de la historia de México*. Talleres Gráficos de la Nación, México, 1936.

Alfonso REYES, *México en una nuez*. Buenos Aires, 1937.

Hernán VILLALOBOS LOPE, *Intepretación materialsita de la historia de México*. México, 1937.

José VASCONCELOS, *Breve historia de México*. Polis, México, 1938.

Mariano CUEVAS, *Historia de la nación mexicana*. Talleres Tipográficos Modelo, México, 1940.

José BRAVO UGARTE, *Historia de México*. Editorial Jus, México, 1940-1958.

Compendio de historia de México. Editorial Jus, México, 1945.

Félix F. PALAVICINI, *México: Historia de su evolución constructiva*. Distribuidora Editorial Libro, México, 1945.

Jesús GARCÍA GUTIÉRREZ, *Historia de México*. Buena Prensa, México, 1946.

- Silvio ZAVALA, *Síntesis de la historia del pueblo mexicano*, en *México y la cultura*. SEP, México, 1946, pp. 3-45.
- Luis CHÁVEZ OROZCO, *Historia de México*. Editorial Patria, México, 1946 (*etapas precortesiana y colonial*).
- José VALADÉS, *Breviario de historia de México*. Editorial Patria, México, 1949.
- Jorge Fernando FURRIBARRÍA, *Historia de México*. SEP, México, 1951.
- Ciro GONZÁLEZ BLACKALLER y Luis GUEVARA RAMÍREZ, *Síntesis de historia de México*. Editora Mexicana El y San, México, 1950.
- Manuel B. TRENS, *Síntesis histórica de la nación mexicana*. Archivo General de la Nación, México, 1954.
- Fernán NÚÑEZ MATA, *México en la historia*. México, 1951.
- Elvira de LOREDO y Jesús SOTELO INCLÁN, *Historia de México (etapas precortesianas y colonial)*. Editorial Patria, México, 1954 (3ª edición).
- Carlos ALVEAR ACEVEDO, *Elementos de historia de México*. Editorial Jus, México, 1958 (3ª edición).
- Síntesis de historia mexicana*. Editorial Jus, México, 1962.
- Ángel MIRANDA BASURTO, *La evolución de México (de la independencia a nuestros días)*. Editorial Hertero, México, 1958.
- Wigberto JIMÉNEZ MORENO y Alfonso GARCÍA RUIZ, *Historia de México: una síntesis*. I.N.A.H., México, 1962.
- Arturo ARNÁIZ y FREG, *Síntesis histórica de México*. Comité Organizador Mexicano. III Conferencia General de la U.I.U. México, 1960.
- Wigberto JIMÉNEZ MORENO, María Teresa FERNÁNDEZ y José MIRANDA, *Historia de México*. Editorial Porrúa, México, 1963.
- Martín QUIRARTE, *Visión panorámica de la historia de México*. México, 1965.
- Manuel LÓPEZ GALLO, *Economía y política en la historia de México*. Editorial Solidaridad, México, 1965.
- José C. VALADÉS, *Historia del pueblo de México, desde sus orígenes hasta nuestros días*. Editores Mexicanos Unidos, México, 1967.
- Edmundo O'GORMAN, "Epílogo: El triunfo de la república en el horizonte de su historia" en *A cien años del triunfo de la república*. Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México, 1967, pp. 333-441.